

una cosa los suponemos iguales á sus predecesores y á los navarros de la región montuosa, es á saber, en su patriotismo y fortaleza de ánimo. Nada significan en contra de estas austeras virtudes, los actos de adhesión, y aun de sumisión al poder romano, que les echan en cara los que para elogiar la indomable constancia de otros pueblos que luchaban con todas sus fuerzas contra el yugo extranjero, censuran la romanización de la Vasconia, y el haberse mostrado ésta bien avenida con magistrados locales duumviros, con la supremacía de un Prefecto pretorio, con una legislación importada de Roma, con romanos al frente de los cargos públicos importantes, con la vergüenza en suma de verse gobernada acaso por hijos de libertos, siendo sus hijos demasiado ignorantes para poder dirigir por sí mismos las riendas de tan exiguo Estado (1). Lo que semejante sumisión significa es que comprendieron muy pronto los vascones que no había medio racional de sustraerse al colosal poder de Roma.

No es más lisonjero el retrato que hace de estas gentes en la Edad media un moderno escritor francés (2) de mucha nota entre los vascólogos, á quien hemos tenido ocasión de citar como decidido anti-iberista, el cual saca á plaza algunos pasajes de historiadores anteriores al siglo XIII. No alega Mr. Vinson la derrota del ejército de Carlomagno en Roncesvalles, aniquilado bajo un aluvión de peñascos arrancados por los bravos vascones de los altos riscos del ominoso desfiladero, sin duda porque reconoce el perfecto derecho con que aquellos montañeses protesta-

(1) BERLANGA, obr. cit. p. 116 á 121.—Cita este sabio epigrafista monumentos con los cuales demuestra que hubo pamploneses de ambos sexos que desempeñaron los cargos de *legado censual*, de *duumviro* y de *flaminica*, y que entre la *república pompeionense* y Roma hubo frecuentes pactos de hospitalidad con otorgamiento de *prerrogativas de ciudadano* y reconocimiento de *patronato* á favor de ciertos sujetos romanos, y mediaron además relaciones de inferior á superior aceptando los pamploneses instrucciones y decretos de los propietarios de la Tarraconense en orden á la extensión de la jurisdicción duumviral contra contumaces, y sobre responsabilidad de los descuidados en materia de constitución de cauciones.

(2) M. JULIEN VINSON, *Les basques et le pays basque*: Paris, 1882. c. II.

ron en tan memorable ocasión contra el predominio del emperador franco. Lo que hace el sagaz autor es quitar toda su significación á una derrota que han hecho famosa los relatos de los mismos cronistas franceses del tiempo antiguo, diciendo que ese accidente histórico, fuente de todo un ciclo legendario, fué en sí de *mínima importancia*. Las historias de la Edad-media á que él se refiere, pintan en verdad á los montañeses del norte de España, cántabros, vascones, vácceos, etc., con colores nada halagüeños. Los peregrinos que atravesaban el Pirineo occidental hace ocho ó nueve siglos, temblaban de encontrarse con ellos. En el año 1120, el obispo de Oporto se vió precisado á despojarse de su traje pontifical y á disfrazarse de mendigo para librarse de los ataques de aquellos «asesinos crueles y desvergonzados, siempre dispuestos á maltratar á los pasajeros, y cuya lengua nadie conocía.»—Aymeric Picaud, francés de nacimiento, que á mediados del siglo XII hizo una peregrinación á Santiago de Compostela, dejó allí un precioso manuscrito, que aún se conserva, en el cual hay un itinerario muy completo de su viaje. Supuesta la autenticidad de este códice, los vascos de aquel tiempo eran asiduos asistentes á los oficios divinos y sin embargo saqueaban sin escrúpulo á los viajeros que caían en sus manos, y á tal punto abusaban de ellos, que los hacían servir de cabalgaduras. Para atravesar los ríos, metíanlos en pequeños barquichuelos en que no cabían las bestias de montar y de carga: tenían que ir éstas á nado sujetas de la brida á los barcos, por cuya causa ocurrían graves percances, cayendo los viajeros al agua en muchas ocasiones, y ellos sin cuidarse de salvarlos, descaradamente se apoderaban de los animales y de los equipajes. Cuando la travesía se verificaba con felicidad, sacaban ellos sus chuzos ó cuchillos en el momento de cobrar el pasaje, y exigían del viajero derechos dobles ó triples de los que era costumbre inmemorial satisfacer: exigencia que tenían con los mismos peregrinos, los cuales, según antiguos convenios, estaban exentos de todo pago.

Los peregrinos realmente fueron siempre objeto de grandes atenciones de parte de los reyes de Navarra. Fuera D.^a Mayor, la mujer de D. Sancho IV, ó D.^a Estefanía, la esposa de D. García Sánchez, el de Nájera, quien construyó en la antigua Gares (1) el famoso puente (que luégo la hizo mudar de nombre) para comodidad de los romeros que bajaban del Pirineo y se encaminaban á Galicia, lo cierto es que en el siglo XI, cuando esto se hacía, no era verosímil que los vascones de la montaña cometieran con los peregrinos extranjeros tan punibles excesos. Por mi parte me persuado de que el romero francés Aymeric Picaud, propenso como todos los de su tierra á forjar aventuras y á exagerar el atraso de las naciones extrañas, mintió como un bellaco á despecho de su loable devoción y ardorosa fe católica. Claro es que las peregrinaciones en el siglo en que éste hizo la suya no eran todavía pomposas expediciones, como las que llevaron á cabo en el siglo XIV otro Aymeric, vizconde de Narbona, y D. Thibaut de Verona, á favor de los cuales el infante D. Luís, gobernador del reino, mandaba á los merinos, bailes, prebostes, justicias, almirantes, alcaides, alcaldes, concejos, peajeros, ponteros y demás oficiales, que los dejasen pasar y andar francamente, *á ellos y á sus bestias, monedas de oro y otros cualesquiera bienes*, á lo que hubiera podido añadir: *y á los juglares, músicos y cantores*, de que iban acompañados (2). Pero se hace duro creer que si los peregrinos extranjeros que se dirigían á Santiago en el siglo XIV gozaban de tales consideraciones, los que hacían el mismo viaje reinando en Navarra príncipes como D. Alonso el Batallador, D. García Ramírez el Restaurador y D. Sancho el Sabio, estuviesen expuestos á las

(1) Hoy Puente la Reina.

(2) YANQUAS, *Diccionario de Antigüedades*, art. PEREGRINOS, donde se citan documentos del Arch. de Comp. Todos los peregrinos ó romeros de nota solían hacer su viaje acompañados de sus *juglares* ó *yoglares*, como los llaman dichos documentos. Además de los citados personajes, suenan en ellos otros caballeros franceses, como Mosén Johan de Chartes y Pierres de Montferrat, ambos gascones.—Arch. cit. Caj. 14, n.º 96.

brutales vejaciones mencionadas. En todo caso, las vejaciones serían causadas por algunos foragidos de esos que, en cualquier estado de civilización de un país, pudieron albergar siempre sus montañas y fragosidades; no por sus habitantes en general. En nuestro siglo diez y nueve hemos tenido bandidos tristemente famosos albergados en las asperezas de las sierras de Andalucía, los cuales causaban á los viajeros análogas molestias, sin que pueda por esto decirse que en tiempo de Fernando VII vivían los andaluces en tal estado de atraso y de barbarie, que robaban y mataban á los infelices pasajeros al atravesar sus montañas. Es verdad que el peregrino francés distinguió á los vascos de los navarros, siendo para él vascos solamente los que ocupaban los valles de San Juan de Pié de Puerto, Roncesvalles y todo el resto de la región septentrional entre el Adour, las montañas y el mar; pero entre navarros y vascos no establece más diferencia que el color, haciendo á estos últimos más blancos que á aquellos, y á todos les achaca las mismas costumbres y la misma *barbarie*. El país, dice, no les da más que manzanas, sidra y leche, y su renta principal son las extorsiones que cometen con los viajeros, aunque sean pobres peregrinos: «son »feroces, su cara inspira terror; son negros (1), malignos, pérfidos y sin fe, corrompidos, violentos, salvajes, dados á la embriaguez y á la lujuria, y tan adversos á los franceses, que asesinan á cualquiera de ellos por una miserable moneda de »plata...» «Sus únicas cualidades son la lealtad en la guerra y

(1) No he tenido ocasión de examinar por mí mismo el código compostelano ó Calixtino, pero ó el peregrino francés que escribió su libro 4.º, que comprende el itinerario, se contradijo con reparable ligereza, ó de la contradicción es responsable el sabio M. Vinson, de quien tomamos estos breves pasajes. Dice aquí, en efecto, que *los vascos son negros (ils sont féroces et leur visage inspire l'effroi; ils sont noirs, etc., p. 75 de la obr. cit.)*, cuando cuatro páginas antes había escrito: *los vascos son más blancos, tienen el cutis más claro que los navarros (les Basques sont plus blancs, ont le teint plus clair que les Navarrais, p. 70.)* Esta contradicción es poco disculpable en el reputado filólogo y etnologista, cabalmente en una obra en que con admirable claridad y método ha expuesto los caracteres fisiológicos de la raza éuskara.

•la exactitud con que llevan á las iglesias sus diezmos y primicias. El retrato no puede ser menos lisonjero.—En cambio, los muchos viajeros que recorrieron el país vasco navarro cuatro ó cinco siglos después, como Sebastián Moreau, Abel Jouan, Aarssens de Sommerdick, M.^{me} d' Aulnoy, Ch'mel, de Thou, Le Pays y otros, todos están conformes en reconocer la dulzura, la amabilidad de aquella gente, al par que su agilidad, su natural animación y alegría, en medio de su pobreza é ignorancia.

Entre afirmaciones tan contradictorias como la de Aymeric Picaud y las de estos viajeros de los siglos XVI y XVII, M. Vinson formula su juicio personal, con el cual en la esencia estamos conformes, y viene á decir: Los vascos, no hay para que negarlo, fueron gente muy feroz y bárbara en los primeros siglos de la Edad-media, recibiendo tarde la semilla de la civilización evangélica: en la cuarta centuria, el poeta Prudencio habló de la brutalidad pagana de los vascones; en el siglo VII, el obispo San Amando que se hallaba en los dominios del Duque de Aquitania, Chariberto, refugiado contra las iras del rey Dagoberto, se fué á la tierra de los vascones con la esperanza de lograr el martirio entre aquellos feroces montañeses; en aquel mismo tiempo y bajo el mismo rey merovingio, según el testimonio de los hagiógrafos, la noble Rictruda, madre de Santa Eusebia, *vivía consagrada á Dios en medio de los Vascones, que aún permanecían apegados á sus prácticas diabólicas*, los cuales asesinaron á su marido Adalbaldo que los gobernaba en nombre del rey Dagoberto; San León, primer obispo de Bayona, enviado por el Sacro Colegio á fines del noveno ó principios del décimo siglo para evangelizar en Navarra, se encontró con *bandidos vascones* cuyo idioma no comprendía, y después de haber penetrado en sus *bosques*, volvió á su diócesis donde sufrió el martirio. Pero de entonces acá el carácter de los vascones ha debido modificarse completamente, porque hoy, si bien se hallan imbuídos en ciertas preocupaciones y permanecen arraigados á

supersticiones seculares que no ha podido destruir en ellos el catolicismo, son gente de gran rectitud, aunque su escasa ilustración, su tenacidad, y la extremada viveza de su imaginación, los induzcan á formar falsos juicios; son afables y complacientes, pero irascibles y muy de temer en su cólera; no es cierto que sean rencorosos y vengativos; son expresivos y entusiastas, cualquier cosa los seduce y exalta, cualquier cosa también los desilusiona; habitualmente formales, ceden no obstante con facilidad al atractivo del juego y á los goces de la mesa, y entonces su jovialidad y alegría no tiene límites y es estrepitosa; la hospitalidad en su más amplia acepción, es en ellos práctica constante y culto; sus mujeres, en cuanto llegan á cierta edad, son de una devoción exagerada y meticulosa; en el país vasco, más que en otro alguno, se cuentan casos de enajenación mental dimanados de la exaltación del sentimiento religioso, y estos se advierten particularmente en solteras de edad avanzada; las madres de familia son activas, aseadas, diligentes, amantes de su casa, de sus maridos y de sus hijos; las muchachas son joviales, coquetas, curiosas, despiertas y nada perezosas para el trabajo; el vasco es de suyo inteligente, altivo é independiente; posee en el más alto grado el instinto de la dignidad personal; y si la instrucción, el trato con los extraños, las mejoras de la vida material y la consiguiente holgura para observar y discernir, favorecen sus naturales dotes, desembarazado del fetichismo que subyugó á sus mayores y los esclavizó al capricho de sus déspotas, se le verá elevarse á las más privilegiadas esferas del humano progreso.

He indicado ya que la antigua población vascona va mermando, á tal punto, que se cree posible prever el día en que ni siquiera le quede como refugio último el enriscado Pirineo. Las causas de esta disminución son varias, pero la emigración es acaso la principal. No hallando recursos suficientes para vivir con comodidades en el país nativo, muchos jóvenes de ambos sexos se expatrían desde la edad de quince ó diez y seis años. El vas-

co-navarro no tiene apenas industria manufacturera (1), porque no merece el nombre de tal la raquílica producción de sus fábricas de paños, lienzo, harinas, papel y boinas, que soporta á duras penas la victoriosa competencia que le hacen los vasco-franceses y bernesés; los hierros de sus herrerías resultan agrios si no se mezclan con los de Vizcaya; y el beneficio de sus salinas no puede compararse con el que obtienen los que explotan las de Alava y Guipúzcoa, y sobre todo las de Urcuit, Briscons y Villefranque en Francia; de manera que la única riqueza del navarro montañés, bien escasa por cierto, es la ganadería y la agricultura.

El pastoreo y la labranza son las dos ubres del Estado, decía Sully, y con él la escuela *fisiocrática* economista; lo mismo piensa tal vez el vasco, pero esas ubres para él están medio secas, aunque se jacte el roncalés, honrosa excepción entre los pastores de la Montaña, de que al echársele encima las nieves y los hielos invernales, que duran en su tierra siete meses, rivaliza con Labán invadiendo las Bardenas sus 90.000 cabezas de ganado lanar. El navarro de la Ribera es buen agricultor y

(1) Creemos oportuno ofrecer al lector un cuadro sumario de la industria navarra en las dos regiones, la Montaña y la Ribera. En la Montaña se reduce al corte de maderas en los valles de Roncal, Aezcoa y Salazar, y á las siguientes fabricaciones: quesos y paños en el Roncal; lienzo, harinas y papel, en Pamplona y Villaba; paños burdos y estambres, en Aoiz. La industria minera está muy atrasada, porque aunque abundan las minas de hierro, cobre y plomo, sólo las de hierro se benefician, é imperfectamente, pues en las herrerías de Navarra se trabaja el hierro dulce *á la catalana*. Para el cobre y el plomo faltan altos hornos, como los que años atrás se establecieron en Orozbetelu y en Santesteban.—La Ribera presenta algún mayor desarrollo industrial: Tudela tiene tintorerías de paños ordinarios, fábricas de velas, de fideos y pastas, chocolate, regaliz, jabón, objetos de alfarería, aceite y vino; Valtierra y Murillo de las limas tienen buenas fábricas de jabón; Olite, de tejas y ladrillo; Tafalla, de aguardientes y curtidos; Estella, de paños y bayetas, boinas, curtidos y objetos de alfarería, y cuenta además con buenos lavaderos de lanas; Cascante produce paños ordinarios y fósforos. Puente la Reina, Villafranca y Peralta dan excelentes vinos.

Hay salinas en muchos terrenos de ambas zonas: en Aldaz, Arruiz y Elgorriaga se elabora la sal por la acción del fuego sobre el agua; en Aguilar, Arteta de Olla, Guendulain, Javier, Mendavia, Obanos, Olaz, Salinas de Monreal, Salinas de Oro, Salinas cabe Pamplona, Tirapu y Undiano, se obtiene por la influencia atmosférica. De la gran mina de sal gema de Valtierra hemos hablado en el cap. I.

prospera en sus faenas, pero el vasco de la Montaña que posee escasas piezas de una tierra menos agradecida á sus sudores, apenas obtiene de ella con grandes afanes el necesario sustento. Allí al arado se sustituye la *laya*, instrumento que data quizá de tiempo anterior á los romanos.—Mira, lector, cómo se laya la tierra en ese pequeño campo que desde la butaca en que hojeas mi libro te estás imaginando. Un gañán á un lado, más allá acaso una mujer, están removiendo el terreno confiado á su ruda tarea: tiene ella en la mano una pesada horquilla de hierro de dos enormes púas, que va á introducir verticalmente en el suelo con toda su fuerza; él, que la ha introducido ya, se ha puesto de pié sobre la parte horizontal que sirve de base á las púas, para hincarla más, y después, con un violento empuje hacia atrás, haciendo palanca, revuelve la tierra regada con sus sudores, la cual se levanta en montones, dejando profundos hoyos donde las simientes germinan en contacto con los más abundantes jugos. La pequeña pieza así labrada, produce el maíz que es el principal alimento del montañés, y en los parajes más abrigados, el viñedo de calidad ínfima, de que se saca el agrio chacolí, el manzanar que proporciona la refrigerante sidra, y algunos que otros árboles frutales. ¡Pobre agricultura la de esa montaña!...

¡Y pobre también la de la Ribera, si en ella no se atiende á repoblar los montes y bosques, que amenazan convertirse en arenales! El navarro no emplea más abono que el animal: además del guano, se sirve del estiércol de los rebaños. Para él el ganado lanar es el principal agente de la producción rural, y el estiércol el principal producto del ganado: la leche, el queso, la lana sólo tienen á sus ojos un valor secundario. Pero el ganado necesita su cama, y al vasco le ha parecido lo más sencillo segar el helecho que crece espontánea y abundantemente en los claros de los bosques, así como también el dejar al ganado suelto y sin guarda por el monte que rodea al aprisco: lo cual ha sido causa de que este monte se vaya despoblando, de que muchas

tierras de buena calidad queden sin cultivo, y de que la producción vegetal no se renueve. Ha inventado también aquel montañés, para favorecer el pastoreo, un sistema particular de aprovechamiento forestal, que se reduce á no dejar en pié los árboles sino muy espaciados, podándolos periódicamente, cada diez ó doce años, á la altura de cuatro ó cinco metros para formar lo que llama tallares altos. El resultado de este singular procedimiento es el que no podía menos de ser: para sacar del bosque algo más que ramaje de carboneo, se ve precisado á reservar de trecho en trecho algún hermoso árbol, el cual crece libremente; pero ese árbol se hace nudoso y se cubre de ramas laterales: el rebaño, sí, pasta allí en todo tiempo, y en todo tiempo también se puede segar el helecho, el brezo, la retama espinosa y toda yerba que sirve de cama al ganado en el establo, y de combustible en el horno donde se hace la cal que se emplea para los abonos con el estiércol; mas en cambio el pobre bosque, tan maltratado, va poco á poco perdiendo su lozanía y su fuerza generativa: nada vegeta al lado de los tocones, porque en cuanto la bellota cae al suelo el puerco la devora, y si por casualidad asoma algún retoño, al punto la hoz impassible lo corta. Cuando un tronco se pudre y se desploma, se pone en su lugar un plantón ó pimpollo sacado de un vivero formado para este fin, y que la mayor parte de las veces no prende: se reviste el arbolito nuevo de varas de espino para protegerle contra el diente del ganado, el cual de este modo tampoco puede restregarse contra el tronco; y sin embargo, el bosque va lentamente desmedrando y amenaza concluir. En algunos barrancos de difícil acceso, donde el montañés no puede establecer su funesto sistema de siegas y tallares altos, la naturaleza, libre de trabas, se desquita pujante y caprichosa, y con briosos é incesantes renuevos forma impenetrables selvas, que denuncian la feracidad de un terreno de suyo generoso, esterilizado por las torpezas y preocupaciones del hombre.

De esta manera, el pastoreo ha venido á ser para los nava-

rros de la Montaña la ocupación más importante, y no produciendo sino un módico bienestar, la juventud ansiosa de goces y riqueza se expatría, y cuando un ilustrado patriotismo debiera estimularla á permanecer en el país para mejorar su agricultura y sus industrias, corregir sus malas prácticas forestales y hacer productivos los terrenos que tiene abandonados y sin cultivo, se lanza en alas de la esperanza á lejanas regiones, traspone los mares, y dejando en manos de jornaleros franceses, italianos y alemanes sus minas de hierro, se va á las playas americanas á buscar fortuna. Es tan numerosa la emigración de las cuatro provincias vascas españolas y de los territorios franceses (*arrondissements*) de Bayona y Mauleón, á Buenos-Aires, Montevideo, Méjico y la Habana, que se calcula en más de 200,000 la cifra de los naturales de ellas que hoy residen en aquellos países. Las jóvenes no siempre se aventuran á correr los riesgos de tan larga travesía: muchas se quedan en Europa: París, Burdeos, Madrid están llenos de guipuzcoanas, navarras y laburdanas que cobran salarios en las casas particulares, almacenes y tiendas, no faltando nunca dignas representantes de la incansable raza éuskara en los bailes públicos, que duran nada más que lo que tarda el sol en hacer su inmenso giro de ocaso á oriente. Multitud de jóvenes vascos hay asimismo establecidos en estas grandes capitales: hace doscientos años eran muy buscados para el servicio doméstico: en muchas comedias francesas y novelas españolas, los lacayos y criados vizcaínos y navarros hacen su papel. Pero son las Américas el suspirado norte de los más resueltos y ambiciosos: períodos ha habido—y cítase como uno de los más fecundos en emigrantes el decenio de 1865 á 1875—en que el embarco para las Indias occidentales degeneró en verdadera manía: no había mes, no había quincena en que no se diesen á la vela bandadas de vascos en los puertos de San Sebastián, Bayona y Burdeos, después de haber hecho retemblar las casas por espacio de una semana con sus ruidosos fandangos y zorcicos.—Una de las causas que más con-